

La belleza de las cosas¹

Por Paul Kingsnorth

En agosto de 2017 me invitaron a dar una charla en la Tor House, que en su día fue el hogar del poeta californiano Robinson Jeffers. Jeffers fue una de las personas que inspiraron Dark Mountain Project, cuyo nombre proviene de uno de sus poemas. Aquel día, con la sensación de estar cerrando un círculo, hablé durante media hora en el salón de la casa del poeta sobre su trabajo, el mío y nuestro lugar en el mundo.

Gracias, gracias Alan, y gracias a toda la gente de Tor House por invitarme. Es muy emocionante estar aquí, por razones que desgranaré enseguida. Voy a comenzar con un poema:

*Sentir y decir la asombrosa belleza de las cosas —tierra, piedra y agua,
bestia, hombre y mujer, sol, luna y estrellas—
la enrojecida belleza de la naturaleza humana, sus pensamientos, delirios y pasiones,
y de la naturaleza inhumana su imponente realidad—
pues el hombre es mitad sueño; el hombre, puede decirse, es naturaleza que sueña,
[pero la roca
y el agua y el cielo permanecen —sentir
profundamente, y entender profundamente, y expresar profundamente, la belleza
natural, es la única tarea de la poesía.
El resto es pasatiempo: los sagrados y nobles sentimientos, las elaboradas ideas,
el amor, el deseo, la añoranza: motivos, pero no el motivo.*

La única tarea de la poesía... Pasaron ocho años. Hace ocho años que fundamos Dark Mountain Project, inspirado directamente por Robinson Jeffers. Y la de esta noche será mi última charla como director del mismo. Es una despedida. A finales de este año dejaré Dark Mountain Project, tras haber estado al frente y dirigirlo durante ocho años. Dark Mountain Project seguirá adelante y continuará fortaleciéndose pero para mí ha llegado el momento de ponerlo en otras manos. Así que, de alguna manera, siento que esta noche estoy cerrando el círculo, y es maravilloso. Y me gustaría hablar de lo que eso significa, y del significado de Robinson Jeffers en este contexto.

¹ Transcripción editada de la charla de Paul Kingsnorth en la Tor House (California, EEUU), en agosto del año 2017, con el título "The beauty of Things". Ha sido traducida por Sara Plaza y revisada por Edgardo Civallero (<http://paulkingsnorth.net/2017/09/13/the-beauty-of-things/>)

Creo que nunca había oído hablar de Robinson Jeffers antes de 2008. En aquel momento estaba leyendo una antología de poesía y me topé con dos o tres poemas de Jeffers, y como no sabía nada de él me pregunté qué más habría escrito. Los poemas que acababa de leer me impactaron muchísimo, me impactaron por eso que los poemas raramente tienen, un enorme poder profético. Y lo que me impactó fue la idea de que esos poemas, las palabras de ese hombre, apuntaban a donde estamos ahora, transcurridos 80, 90, 100 años... Jeffers pudo ver lo que se venía, lo predijo y lo escribió. Y no tuvo miedo de hacerlo. Y no lo asustó volverse impopular, como de hecho lo sigue siendo en algunos ámbitos. Sabía que a nadie le gusta escuchar la verdad cuando esta es demasiado dolorosa.

El otro poema que he leído incontables veces en los últimos diez años, y me tocó profundamente, es "Rearmament". Lo escribió en 1935, hace 82 años, y trata sobre cómo se estaba rearmando Estados Unidos, cómo estaba preparándose para la guerra, a la que Jeffers se oponía. Sabía que la guerra sería un desastre, y estaba totalmente en contra de ella. Una de las razones por las que perdió su lustre poético a los ojos de mucha gente fue precisamente porque se negó a aceptar que Estados Unidos tuviera que entrar en la guerra. Vio lo que estaba sucediendo, y que no podía evitarlo, pero lo mismo quiso hablar de ello:

*Estos espléndidos y fatales movimientos hacia la muerte: la grandiosidad de la masa
se burla de la pena, la desgarradora pena
por los átomos del conjunto, las personas, las víctimas, vuelve monstruoso
admirar la trágica belleza que construyen.
Es hermosa como el río que fluye o el glaciar formándose lentamente
en la pared rocosa de una montaña,
que inexorablemente derribará el bosque, o como escarcha en noviembre,
esa dorada y ardiente danza mortal para las hojas,
o una muchacha la noche de bodas, sangrando y besando.
Pondría mi mano derecha en el fuego
para cambiar el futuro... sería una insensatez. La belleza del hombre
moderno no reside en las personas sino en el
ritmo catastrófico, las densas y móviles masas, la danza
de las masas guiadas por un sueño descendiendo de la montaña oscura.*

La danza de las masas guiadas por un sueño descendiendo de la montaña oscura, esa imagen me ha conmovido durante diez años, y sigue haciéndolo. Y pensé, ahí estamos.

Yo llevaba diez o quince años escribiendo y metido en el activismo ecologista, queriendo cambiar el curso de los acontecimientos, intentando cambiar el curso de las cosas, como siguen haciendo muchísimas personas, queriendo creer que podríamos impedir el cambio climático, que podríamos invertir la tendencia de la Máquina, que podríamos detener el ritmo catastrófico, y en ese momento me percaté de que no podíamos. De manera que por aquel entonces yo estaba bastante desesperado, atravesando una especie de depresión, hecho polvo, pensando...

Y me encuentro con este hombre, y me encuentro con este poema, y me encuentro con esta mirada lúcida situada donde él estaba entonces, y donde estamos ahora nosotros, y me digo: sí, se trata de un poema sobre Estados Unidos rearmándose en los años treinta del siglo pasado, pero es mucho más que eso; es un poema sobre ver claramente el ritmo que llevamos, sabiendo que las grandes civilizaciones se vienen abajo, se levantan y caen. Y nosotros estamos en los años de la caída, como los denominó Jeffers, y puede haber un montón de cosas buenas para hacer, pero no podemos cambiar el ritmo catastrófico, no podemos cambiar su dirección.

¿Dónde nos deja todo esto? Esa era la pregunta que me hacía, ¿dónde nos coloca? Tal vez la semana pasada vierais en las noticias que un iceberg de treinta millones de toneladas se separó de la Antártida. Ese tipo de noticias se han vuelto bastante habituales, ni siquiera les hacemos mucho caso. Icebergs de treinta millones de toneladas se desprenden de la Antártida cada pocos meses. Donde vivo en Irlanda, no muy lejos de la torre de Yeats, hemos tenido el verano más cálido desde que hay mediciones. Actualmente hay más carbono en la atmósfera que en cualquier otro momento de la historia humana. Estamos en medio de la Sexta Gran Extinción, posiblemente ya lo sabéis, solo que esta vez el hombre está jugando el papel del meteorito proveniente del espacio. Y el cambio climático está ocurriendo mucho más rápidamente de lo que se creía hace solo una década... El profesor John Schellnhuber, uno de los climatólogos más importantes del mundo, ha advertido de que estamos ante la posibilidad de un aumento en la temperatura de 4°C en los próximos cien años. Schellnhuber explica que la diferencia entre 3°C y 4°C de calentamiento es la civilización humana. Estamos hablando de un científico, una persona muy cautelosa con este tipo de afirmaciones.

Y parece que siempre hubiera sido así, ¿no es cierto?, que realmente y después de todo, no podemos predecir ni controlar cómo se comporta el planeta. Es casi como si no estuviésemos al mando, casi como si no supiéramos lo que estamos haciendo. Jeffers lo vio claramente.

Esto es lo que D. H. Lawrence, contemporáneo de Jeffers, decía en 1924:

"Después de todo el universo no es una máquina, está vivo y coleando. Y a pesar del hecho de que el hombre con toda su inteligencia ha descubierto algunas costumbres de nuestra vieja Tierra, y por eso mismo caído en una trampa; a pesar del hecho de que el hombre ha retenido las grandes fuerzas y estas dan vueltas y vueltas a sus órdenes, como un burro en una desmotadora, el viejo demonio no se deja agarrar. Lo hemos pillado descansando. En breve se volverá hacia nosotros mostrándonos los colmillos. Se convertirá en una pitón, que irá enroscándose, enroscándose, enroscándose hasta aplastarnos delicadamente. Entonces nos engullirá".

Jeffers decía que la humanidad era una especie que va camino de romperse las piernas por su propia inteligencia.

Esa urgencia profética, esa urgencia poética en las palabras de Jeffers es lo que me llevó hasta él. Al descubrirlo pensé: estoy ante un hombre que murió siete años antes de que yo naciese y pudo ver lo que se venía, y se dedicó a decirlo tal cual, independientemente de si los demás querían oírlo, y muchos de ellos no quisieron. No me he vuelto a cruzar con una voz como la de Jeffers, creo que no hay otra voz como la de él en la poesía. En ella hay voces que son inmediatamente reconocibles, nadie más podría escribir como esa persona, Lawrence es una de ellas, al leer una frase suya te das cuenta de que nadie más podría haber escrito eso, y Jeffers es otra. Nadie más escribiría esto:

Nunca te sorprendas, querido.

Espera cambios,

nada resulta extraño.

Hemos visto a la raza humana

atrapar todos sus sueños

todos menos la paz.

Hemos observado a hombres como Cristo

ascender con esfuerzo

para ser colgados en la cima.

[...]

Estamos en los años de la caída,

se profundizarán.

No llores, no llores.

Vemos que Jeffers no dice simplemente: "mira esto, mira dónde estamos". Él dice: "está bien, no pasa nada, encájalo, ahí está, no es agradable pero no tienes que afligirte".

Así que Dark Mountain Project comenzó como un intento de aceptar el reto que Jeffers planteó muchos años antes, y preguntar ¿podemos nosotros, hoy, escribir con algún tipo de urgencia poética y algún tipo de urgencia profética sobre el ritmo catastrófico de nuestro tiempo, sobre la extinción, sobre el ecocidio, sobre el cambio climático? ¿Podemos escribir y actuar y hablar y vivir como si esto fuera realmente cierto, como si realmente nos lo creyéramos? ¿Cómo viviríamos, como actuaríamos si realmente creyésemos que nada será igual a partir de ahora? ¿Que todo lo que pensábamos que era eterno no es eterno? ¿Que la mayor parte de lo que damos por hecho va a desaparecer antes nuestros ojos y los de nuestros hijos? ¿Cómo afrontamos esto?

Yo pensaba que Dark Mountain seríamos, quizás, diez escritores sentados en un pub, un poco al estilo de C. S. Lewis y J. R. R. Tolkien hablando del engaño y de cómo escribir libros de fantasía. Pero enseguida se convirtió en algo bastante más grande, y tuve que correr para poder seguir el paso... Por pura casualidad llevo ocho años al frente de una red bastante grande de escritores y artistas, que cada año lanza dos antologías, organizando festivales, cursos, reuniéndome con mucha gente, llevando este proyecto en direcciones por las que nunca habría imaginado que pudiera ir, y aprendiendo muchísimo a lo largo del proceso.

Y esto ocurrió no porque dijésemos algo en lo que nadie más había pensado, sino justamente porque dijimos algo que muchos otros estaban pensando. Lo único que hicimos fue darles permiso para decirlo. Levantas una bandera y la gente comienza a juntarse alrededor, y lo que descubres es que hay un montón de gente asustada, un montón de gente que también ve esto y dice "no sé qué hacer, no sé qué hacer frente a este ritmo catastrófico". Y te das cuenta de que hay mucha gente que ha dejado de creerse las historias que les han contado, en sus países, sus gobiernos, sus líderes, incluso las que se han contado ellos mismos. Historias del desarrollo ilimitado, de la centralidad del ser humano, de nuestra capacidad para controlar la naturaleza, de la inevitable mejora de todo gracias a nuestro genio científico y tecnológico. Es la historia del Progreso, la historia del crecimiento eterno. Y mucha gente ya no se la cree porque resulta que no es cierta.

¿Dónde nos deja esto? ¿Dónde nos coloca? Es la pregunta que se hacía Jeffers, y para explorarla trató de crear un nuevo tipo de poética. Y esa es otra de las cosas que

admiro de él: creó su propia forma poética, y en sus versos refleja los ritmos de la naturaleza. Uno se sienta ahí fuera en las rocas y escucha el mar, y puede ver de dónde proceden esos versos, el grandioso, vasto e interminable ritmo de esos versos, tan largos que tiene que romperlos en tres o cuatro líneas. Es el ritmo del mar, es el ritmo del viento, es el ritmo de las rocas. Y me pregunto qué es lo que Jeffers pensaba que estaba haciendo, porque es una de esas personas que se niega rotundamente a entrar en ningún grupo dispuesto a aceptarlo.

Escribí un novela que acaba de publicarse aquí en Estados Unidos hace una semana, se titula "Beast" [Bestia]. Fue reseñada en la [revista literaria] *London Review of Books*, y allí describieron mi estilo como una forma de "modernismo antiguo". Me encanta, no sabía que había hecho algo así, pero al parecer es eso. Ojalá se me hubiera ocurrido a mí para haberlo puesto en una camiseta. Me pareció excelente, "modernismo antiguo", y me quedé pensando. ¿Qué significa eso, qué significa "modernismo antiguo"? Jeffers escribió en el momento álgido del Modernismo, y qué es el Modernismo: es el proceso de acabar con las formas tradicionales porque ya no funcionan, es el proceso de desafiar los modos de ver, de representarse el mundo interiormente e intentar hacer algo relevante, es el proceso de escapar de las restricciones del pasado.

Pero la pregunta que siempre me he hecho a propósito del Modernismo es: ¿al servicio de qué está?, ¿qué es lo que ofrece en lugar de lo que está ya no funciona? Y no me refiero solo a la poesía, estoy pensando en lo que ofrece un proyecto modernista cuando acaba con todas las formas tradicionales, todas las formas naturales, todas las formas ecológicas, ¿qué es lo que nos da a cambio? A veces nos ofrece este relato agotado del Progreso a través de la ciencia y la razón, y a veces nos ofrece nihilismo, no nos da nada en absoluto.

Y lo que a mí me parece es que Jeffers trata de romper las formas tradicionales al servicio de algo más grande: al servicio del viento, al servicio de las rocas, al servicio del mar, al servicio de la totalidad, incluyendo al hombre. Ningún hombre estaría al margen, dice Jeffers, no estamos al margen. Lo dijo hace cincuenta años: no estamos separados, no estamos separados de todo lo demás que está vivo, y el hecho de que creamos eso es lo que nos está destruyendo.

Por lo tanto, ¿qué es lo que nos está destruyendo? La respuesta no tiene nada de modernista, es la respuesta de todas las culturas indígenas que han existido, es lo que el 99% de la humanidad ha entendido siempre a lo largo del 99% de nuestra historia. Y no deja de ser curioso que hoy resulte algo tan ridículo que únicamente los solitarios que viven en torres al lado del mar sean el tipo de personas que lo digan...

Jeffers escribe después de que el cataclismo de la Primera Guerra Mundial destruyese todo lo que Occidente pensaba que sabía de sí mismo, y todavía estamos viviendo las consecuencias. Y le vemos rompiendo las formas tradicionales en los años veinte y treinta del siglo pasado pero sin ninguna intención modernista, con otro tipo de intención. Y esa es otra de las razones por las que encuentro tan interesante a Jeffers, porque no es un progresista, y no empleo esa palabra con el sentido que la conocemos hoy para referirnos a alguien un poquito de izquierdas. Lo que digo es que él no cree en el relato del Progreso. Él no cree que la humanidad partiese de los gruñidos ignorantes en las cavernas y vaya a acabar conquistando el universo, no cree en el progreso lineal a través del tiempo, que nuestra ciencia y nuestro genio nos convertirán inevitablemente en conquistadores; él sabe que eso no es cierto. Esa es la gran historia de la Modernidad que está tocando fondo en este momento.

Una de las afirmaciones centrales de Dark Mountain Project fue y es que todo lo que sabemos es una historia, un relato. Todas las culturas, todas las civilizaciones se cuentan sus propias historias sobre su relación con la Tierra, sobre su relación con las demás. Desde la tribu más pequeña hasta la más grande civilización, todos tenemos historias que confundimos con la realidad, y la nuestra es la historia del Progreso, de la desconexión del hombre de todo lo demás, de su superioridad sobre el resto de criaturas.

Esa es la historia del Progreso, pero Jeffers dice: eso no es una promesa, es una trampa. Es una trampa y nosotros hemos caído en ella. Y en este fantástico poema titulado "The Purse-Seine", compara la historia del Progreso, compara el ritmo al que crecen las grandes ciudades, el momento de la industrialización, con una red de pesca, una red de cerco con jareta (*purse-seine net*) que arrastra lentamente a su presa. El poeta observa desde la montaña, probablemente una de las montañas de por aquí, cómo se cierra la red alrededor del cardumen de caballa y acto seguido la suben como si fuese una bolsa gigantesca. Y las caballas no pueden hacer nada más que aletear conforme la bolsa se tensa. Y entonces escribe:

*Hace poco estuve mirando de noche desde lo alto de una montaña
Una gran ciudad, el esplendor de colores, galaxias de luz:
¿Cómo dejar de evocar una red de cerco
rodeando el brillante pescado? No puedo explicar lo
hermosa que se veía la ciudad, y algo funesta.
Pensé, hemos acoplado las máquinas y las hemos asegurado
de manera interdependiente; hemos construido grandes ciudades; ahora
no hay escapatoria. Hemos reunido vastas poblaciones incapaces*

*de una supervivencia autónoma, aisladas
de la sólida tierra, cada persona impotente por sí misma, de todo
dependiente. El círculo se ha cerrado, y la red
está siendo izada.*

Cuando planteo esta perspectiva, normalmente no resulta muy popular, pues nadie quiere ser una sardina dentro de una red, todos queremos ser individuos libres, queremos ser los héroes de nuestra propia historia. Y por eso, contradecir estas historias, contradecir la historia del Progreso, a los ojos de los demás te convierte en un misántropo, o en un depresivo, o en un reaccionario, o dicen que estás desesperado, o que sufres alucinaciones o tienes auto-odio.

Cuando pusimos en marcha Dark Mountain Project, nos llamaron un montón de cosas, acumulamos una maravillosa colección de epítetos. A mí me aconsejaron que me callara y me tomara unas pastillas, porque estaba claro que tenía problemas mentales y no era cuestión de solucionarlos escribiendo; y me dijeron que estaba siendo un irresponsable al decir esas cosas, porque la gente se iba a deprimir y no iba a hacer las cosas que había que hacer para cambiar el mundo. Lo mejor que nos llamaron fue "locos colapsadores", otra frase para poner en una camiseta: soy un colapsador loco. Todo el mundo necesita una historia y no les gusta ver la suya demolida. La gente me preguntaba a veces, y me sigue preguntando, lo que probablemente le habrían preguntado a Jeffers: ¿dónde está la esperanza?, ¿dónde está la esperanza? Y lo que realmente están diciendo es: ¿quién va a salvarme?, ¿dónde está mi salvador?, ¿quién va a venir a decirme lo que tengo que hacer?, ¿quién va a venir a darme algunas respuestas sencillas?...

¿Y si lo que tenemos que hacer es aceptar la realidad de que no hay ningún salvador? Aceptar que es así y que no pasa nada, porque, como escribimos en el Dark Mountain Manifiesto [titulado *Uncivilización*, "Incivilización" o "Descivilización"]: El fin del mundo tal y como lo conocemos no es el fin del mundo. Y como cuenta Jeffers, grandes civilizaciones se han levantado y se han venido abajo muchas veces antes y los seres humanos siguen aquí, y la Tierra sigue aquí. Ya ha habido cinco grandes extinciones, está produciéndose otra. No es fácil, no tiene por qué ser necesariamente bueno, pero tampoco tiene por qué ser necesariamente malo. Es donde estamos y tenemos que apechugar con ello. Es la respuesta de Jeffers, no ser ilusos, no engañarnos. La gente lo confunde con estar desesperado, o ser un nihilista, o darse por vencido, pero no es eso. Es una valoración honesta y precisa de dónde estamos, nada más. Y una de las cosas que también descubrimos en Dark Mountain, y que otra mucha gente ha descubierto, es que cuando aceptas eso te quitas un gran peso de encima. Cuando no tienes que salvar el mundo, cuando no tienes que intentar hacer lo imposible,

entonces puedes preguntarte, ¿qué está en mis manos hacer?, ¿qué puedo hacer? Y hay un montón de cosas que puedes hacer.

La filosofía de Jeffers era la filosofía del inhumanismo (*philosophy of inhumanism*), que plantea en la colección de poemas *The Double Axe*, probablemente la colección que más destruyó su reputación entre quienes esperaban que les diese un salvador. Esa colección prefigura el radicalismo de la Deep Ecology en los aspectos más realistas y honestos del movimiento ecologista que observaríamos cuarenta años después. En el prólogo del libro Jeffers propone: "Un cambio de énfasis e importancia del hombre al no-hombre, el rechazo del solipsismo humano y el reconocimiento de la magnificencia transhumana". Y sigue diciendo: "Ha llegado el momento de que nuestra raza comience a pensar como un adulto, en lugar de como un niño egocéntrico o como un loco. Esta manera de pensar y sentir no es ni misantrópica ni pesimista, por más que lo hayan dicho dos o tres personas, y puedan volver a decirlo. Supone dejar de lado las falsedades, y es una forma de mantener la cordura en tiempos resbaladizos; contiene verdad objetiva y valor humano. Ofrece un razonable distanciamiento como norma de conducta, en lugar de amor, odio y envidia. Neutraliza el fanatismo y las esperanzas descabelladas, pero ofrece magnificencia para el instinto religioso, y satisface nuestra necesidad de admirar la grandeza y regocijarnos en la belleza".

Y a mí me parece que es una declaración filosófica bastante buena de los tiempos, aunque tal vez podría renombrarse, puede que inhumanismo no suene demasiado atrayente para el público, no para llevar en una camiseta. Ahora bien, la razón por la que no resulta muy atrayente es porque rechaza el lugar central que ocupa el ego humano en la historia. Y lo que Jeffers dice no es que los humanos no importen, que no sean importantes, o que haya algo mal en ellos, lo que está diciendo es que somos una criatura entre otras muchas, que somos parte de algo mucho más grande, y que eso es algo maravilloso, no algo de lo que avergonzarse. Es más probable que uno se avergonzase al imaginar que es el centro de todas las cosas, separado de todo lo demás.

La ideología científica es la que nos dice que los humanos son algo aparte, diferentes, superiores a todas las demás criaturas sobre la Tierra, y es casi una religión. Y lo que hace Jeffers es devolvernos a la idea pre-moderna de que los humanos no están en el centro del mundo. Y resulta que esa es la enseñanza fundamental de la Modernidad: el hombre domina todo lo demás. Y tal vez esa sea la historia de nuestro tiempo que tenemos que aprender que era falsa, tal vez sea eso lo que tenemos que hacer observando el ritmo catastrófico, entender que la historia es falsa, y pensar una mejor, encontrar una mejor, redescubrir una mejor. Aliviar la carga, si así fuera. Y Jeffers lo vio, vio a donde nos estaba llevando esa historia. El gran valor que Jeffers tiene para mí

es que identifica lo desacertado, lo falso, lo que de tóxico tiene esa historia con la que nos guiamos, esa historia que cuenta que los humanos somos el centro del mundo, y que podemos controlarlo y dirigirlo de acuerdo a nuestro destino...

Aquí tengo parte de un poema que Jeffers escribió en los últimos años de su vida, en esta casa, sobre esta casa. No estoy seguro si es de finales de los cincuenta o de principios de los sesenta:

*Los casquetes polares se están derritiendo, los glaciares de montaña
chorrean río abajo; todos alimentan el océano;
las mareas suben y bajan, pero cada año un poco más altas.
Ahogarán Nueva York, ahogarán Londres.
Y este lugar, donde he plantado árboles y construido una casa de piedra,
estará bajo el agua. Los pobres árboles perecerán,
y pequeños peces aletearán entrando y saliendo por las ventanas.*

Ahí está, no ha ocurrido aún, pero todavía hay tiempo. Las personas nacen y mueren, las civilizaciones y las culturas nacen y mueren, los planetas nacen y mueren.

Respecto de la belleza, Jeffers nos dice una y otra vez: la belleza no es creación nuestra. Quizá nuestro principal deber, quizá una de las nuevas historias con las que reemplazar ese tóxico relato de poder e imperio humano, sea reconocer la belleza intrínseca de la naturaleza, la belleza de las cosas que aparecen ante nuestros ojos. Y continúa: podemos aplastar, borrar y destrozarse tanta belleza como queramos, pero siempre resurge de nuevo.

Tenía verdadero interés en estar hoy aquí. Vinimos en coche, y no sé cuánto tiempo hemos tardado en atravesar todas las urbanizaciones que hay por aquí y encontrar la casa, este lugar es muy pequeño en comparación con todas las casas de alrededor. Al verlo recordé las fotos de cuando fue construido, ese precioso y extenso acandilado prácticamente sin caminos, con árboles y playas vírgenes... A lo largo de su vida, Jeffers tuvo que ver crecer todo esto. Quería llevar una vida solitaria y le salió fatal: acabó rodeado de zonas residenciales, es terrible.

También en este respecto trató de ser inhumanista, de mantener cierta perspectiva. Por eso escribe sobre "la extraordinaria paciencia de las cosas". Me encanta el uso continuado que hace Jeffers de la palabra cosas (*things*):

*¡La extraordinaria paciencia de las cosas!
Este precioso lugar pintarrajeado con un plantel de casas residenciales—*

*Qué hermoso la primera vez que lo contemplamos,
un campo intacto de amapolas y altramuces cercado por limpios acantilados;
ninguna intrusión salvo dos o tres caballos pastando,
o unas pocas vacas lecheras rascándose contra las rocas sobresalientes—
Ha llegado el aguafiestas: ¿le preocupa?
Ni lo más mínimo. Tiene todo el tiempo. Sabe que la gente es una marea
que sube y con el tiempo baja, y todas
sus obras se desvanecen. Mientras tanto la imagen de la belleza prístina
sigue viva en el grano mismo de granito
segura como el interminable océano que escala nuestro acantilado. —En cuanto a
[nosotros:
Debemos descentrar nuestra mente de nosotros mismos;
debemos inhumanizar nuestra visión un poco, y tener confianza
como la roca y el océano de los que estábamos hechos.*

De nuevo, filosofía para el momento actual: *debemos inhumanizar nuestra visión un poco y tener confianza como la roca y el océano de los que estábamos hechos.*

Otra de las cosas que me gusta de Jeffers es que no siempre es así de tranquilo, y a veces no puede evitarlo, no puede evitar decirnos lo cabreado que está. Y en algunos de sus últimos poemas, en particular en *The Double Axe* —que posiblemente sea la colección de poemas más inflamados que yo haya leído sobre cualquier cosa—, no puede impedir que salga de la caja su misantropía. Así, dice del hombre:

*El mono terrestre con cerebro y manos de hombre, físicamente
el más repulsivo de todos los animales de sangre caliente
hasta ese momento en el mundo.*

Es un poema terrible sobre los primeros hombres quemando un mamut... A veces uno puede notar la presencia del padre de Jeffers en sus poemas, un predicador diabólico.

*Estos son los hombres.
Estos son los albores del hombre. En cuanto a mí, preferiría
ser un gusano en una manzana que hijo del hombre.
Pero somos lo que somos, y conviene recordar
no odiar a nadie, pues todos somos despiadados;
y no sobrecogernos ante ningún mal, todos son merecidos;
y no temer a la muerte; es la única forma limpiarse.*

Cuando leí este poema pensé, ¿de verdad, Robinson? ¿Todas las personas son despiadadas? ¿Todos los males son merecidos? ¿No hay otra manera de limpiarse salvo la muerte? ¿Y qué significa "limpiarse"?

Me gusta porque creo que está siendo honesto respecto de cómo nos sentimos a veces. Y es difícil ver cómo está el mundo y no sentirse así a veces. Tengo que admitir que yo lo hago. Jeffers observa lo que los humanos están haciendo y no le gusta demasiado, pero sabe que él es humano y es parte del problema. Pero, a su vez, también se salva a sí mismo, de estos momentos de misantropía, con esa visión intemporal de los ciclos temporales, con esa idea, que le proporciona su hermano Hamilton, astrónomo, de que todo es muy antiguo, de que todo es muy profundo y resurge. Y la belleza sigue estando en el granito, la imagen de la belleza aún está ahí. Y es fascinante cómo Jeffers trata la belleza como algo intrínseco, casi como algo vivo. La belleza no es algo que percibe el ser humano, sino algo propio de la naturaleza, y siempre está ahí, y no importa cuánto lo cubramos de alquitrán, siempre está ahí, y vuelve a aparecer.

Asimismo, me resulta interesante observar mi propia reacción al cambio que se produjo en Jeffers a lo largo de los años. Cuando lo leí por primera vez, como ya dije, me atrajo esa especie de halcón profético en un acantilado, que observaba a la humanidad y nos decía lo jodidos que estábamos. No es algo que encuentres muy a menudo, y alguien tiene que decirlo. Me conmovió esa suerte de honestidad inquebrantable. Sin embargo, al leer ahora a Jeffers, lo que más me atrae no es eso, sino los pasajes en los que reflexiona sobre la belleza, en los que mantiene esta visión animista de una Tierra viva de la cual él forma parte, no está separado: él es la Tierra, la roca, el halcón, el acantilado. Y conforme escribe, regresa a este lugar al cabo de varias generaciones, todo ha cambiado y advierte:

*No tendréis que buscar mi fantasma; probablemente esté
ahí, pero oculto, hundido en el granito*

Al pensar en la tarea que tenemos por delante, en la tarea de buscar otros relatos, de reemplazar esta gran historia tóxica de la Modernidad y su poder imperial, me doy cuenta de que hemos olvidado cómo tener una conversación con el resto de la naturaleza, hemos olvidado cómo escucharla, y hemos olvidado cómo responderle, cómo hablar con ella, relacionarnos con ella. Dostoyevski dijo que la belleza salvaría al mundo, es una frase genial, y creo que Jeffers habría estado de acuerdo.

Otra manera de decir lo mismo es que necesitamos recuperar, quizás, la visión de nuestros ancestros de que la Tierra está viva. Como dice Lawrence: no es una máquina,

el universo no es una máquina, está vivo y coleando. Y la Tierra está viva y coleando, y si pensamos otra cosa es porque no estamos escuchando. Y si nos comportamos como si no estuviera viva vamos a tener problemas...

Cuando vuelvo ahora a Jeffers me gusta leer cómo escucha él, y cómo le habla al resto de la naturaleza. Y tal vez esta sea mi parte favorita de su obra, es un breve extracto de un poema bastante largo titulado "The Tower Beyond Tragedy":

*Me adentré en la vida del oscuro bosque
y la maravillosa vida de las antiguas cumbres, la paciencia de la piedra,
noté los cambios en las venas
en la garganta de la montaña...
Y fui el arroyo
que escurría la madera del monte; y el ciervo bebiendo;
y fui las estrellas,
hirviendo de luz, errando solas, cada una el señor de su
propia cima; y fui la oscuridad
por fuera de las estrellas, las envolvía, eran parte de mí.*

Y luego pregunta:

*¿Cómo puedo expresar la magnificencia
que he encontrado?*

Ese momento en el oscuro bosque, donde él es todo, está escuchando, es todo, no es un hombre aparte, es humano, de acuerdo, pero es un animal humano. Y así es como Jeffers escucha y así es como Jeffers habla.

*El agua es el agua, el acantilado es la roca, llegan choques y
destellos de realidad. El pensamiento
pasa, el ojo se cierra, el espíritu es un paso;
la belleza de las cosas nació ante los ojos y se bastó a sí misma,
la desgarradora belleza
permanecerá cuando no haya corazones que se rompan por ella.*

Me pregunto si es esto lo que me llevaré conmigo. He estado queriendo visitar este lugar desde hace prácticamente diez años, y nunca pensé que lo conseguiría. Desde luego nunca pensé que me invitarían a hablar aquí. Siento un gran honor y, como decía antes, siento que el círculo se ha cerrado. Es estupendo poder ofrecer algo después de haberle robado tanto a Jeffers para Dark Mountain Project, sin su permiso. No sé qué

le habría parecido, probablemente le hubiera molestado, no le gustaba formar parte de ninguna organización. No lo sé, pero él sí sabía.

Voy a acabar con lo que el poeta dijo en la Biblioteca del Congreso cuando habló allí en 1941, cuando la guerra se propagaba por el mundo...

"[...] He sabido que me llaman pesimista, y tal vez haya escrito algunas palabras funestas en mis libros [...] y tal vez haya dicho esta noche algunas palabras funestas — pero no son palabras de desesperación. Si conjeturamos el descenso y la caída de esta civilización, es porque deseamos una mejor. Somos una raza dura, nosotros los seres humanos; hemos soportado una edad del hielo y muchas edades de barbarie; podemos resistir esta edad de civilización; y cuando a la larga se deteriore y desmorone bajo nosotros, podemos "planear nuestra agonía de resurrección" y crear una nueva edad. Nuestra empresa es vivir. Resistir... cualquier cosa. Y mantener vivos, a toda costa, nuestros valores ideales de libertad y valentía, compasión y tolerancia".